

FIRMAS

Santiago Quesada

Arquitecto. Profesor E.T.S.
Arquitectura de Sevilla

¿Qué pasa con nuestro patrimonio?

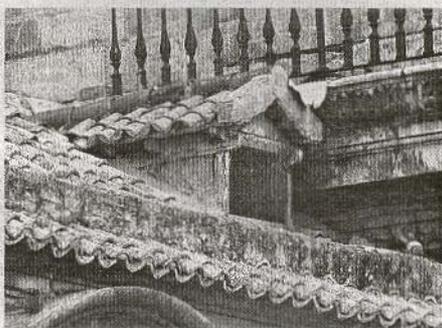
El otro día, paseando por la Carrera y cuando estaba a la altura de la Diputación, decidí regalarme un momento de sosiego, de goce estético. Pensé, con regocijo, contemplar y admirar un edificio que, como todas las cosas bellas, no cansa nunca: la Catedral. La vista recorrió, pausadamente, la portada neoclásica del Sagrario, continuó por las molduras góticas recreándose en la belleza y proporciones de la fábrica de piedra. La mirada iba ascendiendo cuando de repente y con horror, tropezó con unas desconocidas buhardillas. Unas nuevas buhardillas que, dignas de un cortijo de sierra. Sorprendido, tuve la necesidad imperiosa de refugiarme El Gorrion, no sólo para tapear, sino para plantarme delante del cuadro de David Padilla dedicado a una simple, cotidiana, vieja y agrietada baldosa hidráulica. Permanecer en aquel lugar era como una terapia. Me consolaba saber que no era yo el único en percibir la realidad de una determinada manera. Los artífices de un espacio como El Gorrion nunca hubieran hecho semejante atentado contra la Catedral. La taberna es uno de los pocos sitios que quedan en Jaén donde el tiempo, junto con lo humilde, lo modesto, lo vulgar, también tienen valor. Allí, el tiempo deja de ser inmaterial para marcar su huella en el lugar, como las arrugas en las personas que saben envejecer con dignidad. Allí, el paso del tiempo no es un problema, no se lucha contra él, sino que se asume como algo propio y natural. Allí, lo nuevo no significa lo bueno y lo bonito, ni tampoco lo viejo es lo caduco y lo estéril.

La preocupación por el tiempo y lo relativo de nuestra existencia la transmite, a gritos,

la propia Catedral. En su fachada meridional, bajo el reloj de sol, dice en latín y castellano: "Atiende a ti te digo mi carrera, en breve tiempo pasare ligero, mas puede ser tu muerte mas ligera". El concepto del paso del tiempo sobre los monumentos, como valor añadido, está internacionalmente aceptado, sin embargo, parece que en la reciente intervención en las cubiertas de la Iglesia Mayor de Jaén se han ignorado estos criterios. ¿Es que no se conoce la experiencia acumulada en otros lugares?, o ¿para simplificar el proceso, sencillamente, no se tienen en cuenta?

Las viejas buhardillas de la Catedral eran elementos modestos, casi vulgares, estaban construidas con simples rollizos de madera. Cumplían dos funciones: ventilación de las cámaras de los tejados y acceso para el mantenimiento de los mismos. Su forma era la precisa y necesaria. En su simplicidad estaba su funcionalidad, no tenían ninguna pretensión, pasaban desapercibidas, no competían con la fábrica del edificio. Se pueden ver algunas en la calle Campanas.

Las nuevas buhardillas se levantan orgullosas y vanidosas de su novedad, sin ninguna modestia. Las extrañas ménsulas y molduras que las forman parecen extraídas de un mal chalet; sus flamantes vigas de madera tan barnizadas como poco disimuladas, no ocultan su alto precio. El cristal que cierra el hueco remata el desaguisado, produciendo reflejos donde antes no



había. Desprovistas de toda función, las buhardillas han quedado convertidas en superflua decoración que, en una triste y deficiente interpretación de la teoría de la restauración, pretenden contrastar con el monumento antiguo. Sin embargo, compiten con los trazados góticos y renacentistas por su desproporción y por los materiales empleados, alterando la configuración de la Catedral. ¿En qué manos dejamos nuestros monumentos?, ¿qué criterios se siguen para intervenir?, ¿quién controla las intervenciones?

Un edificio tan bello e importante para la ciudad no puede permitirse actuaciones como ésta. Ni tampoco barandillas de acero inoxidable, ni los pavimentos de las lonjas tan mal colocados reciente-

mente, ni cambios radicales de los materiales constructivos. Las maderas desoportunadas en las cubiertas de iglesias, aunque no se vean, también son parte del monumento. Nos hablan del proceso constructivo en un momento determinado de la historia del edificio. Existen medios y técnicas para su conservación. La ignorante y sistemática sustitución de cubiertas de madera por cubiertas metálicas en las iglesias de nuestra provincia es algo irreversible de lo que nos arrepentiremos durante muchos años. La Catedral de Jaén merece un mayor rigor, cuidado y respeto en sus intervenciones, con más razón si se pretende que sea declarada Patrimonio de la Humanidad.

Lamentablemente, el patrimonio se ha convertido en un rentable instrumento político. Se interviene en los monumentos con criterios basados en el cumplimiento de compromisos electorales, la eficacia administrativa y el voluntarismo. Es más importante cumplir con plazos y criterios económicos que desarrollar una cuidada planificación y un riguroso método de intervención que, con todos los estudios precisos, contemple con claridad los objetivos de la conservación del patrimonio, su restauración, seguimiento y verificación del resultado final.

La intervención en el patrimonio requiere una cualificada preparación de todos los actores que intervienen: propietarios, administración, documentalistas, arquitectos, aparejadores o constructo-

res. Esta especialización no existe, ni se fomenta en nuestra comunidad. En primer lugar porque no hay instituciones que impartan una enseñanza específica de forma reglada y en segundo lugar porque los responsables de las intervenciones no favorecen la profundización en esta materia. Se priman criterios distributivos del trabajo, de mercado o eficacia, frente a la creación de una infraestructura que favorezca a empresas y profesionales dedicados a este tema tan específico, frustrando la acumulación de experiencias que a largo plazo se traducirían en especialización. Si para valorar, conservar, mantener y promover la Catedral de Jaén se necesita el sello de calidad como Patrimonio Mundial, algo no funciona. El ejemplo lo tenemos en Úbeda y Baeza: desde que son Patrimonio de la Humanidad están viviendo un proceso de transformación descontrolada.

Los manifiestos y plataformas por el patrimonio, la inscripción en diferentes registros administrativos, las declaraciones y posicionamientos individuales y colectivos, son necesarios pero no suficientes. Es imprescindible una mayor implicación con nuestro patrimonio de los estamentos académicos y universitarios. Es imprescindible materializar el compromiso con el patrimonio por medio de acciones y una estrategia activa, deliberada de recuperación y conservación de la memoria por parte de toda la sociedad. Los jiennenses no somos capaces de reconciliarnos con nuestra propia memoria. El patrimonio es el icono de la impotencia e inoperancia institucional de una provincia. Esta es la paradoja que hay que desenmarañar: una sociedad inconsciente de su propia y fuerte identidad es, además, incapaz de tutelar los elementos que la definen y en los que debe basarse su transmisión hacia el futuro.